

UN VOTO SAGRADO

Una tarde, algunos viejos marineros se habían reunido alrededor de una mesa y se entretenían refiriendo incidentes y aventuras. Reinaba entre ellos la mayor paz y armonía. Sólo uno de los presentes, el capitán Sutter, se negaba a participar de las bebidas. Al contar él a su vez algunos de los incidentes de su vida, se levantó y dijo:

-Camaradas, como no deseo parecerles un hombre poco sociable, ya que me rehusé a participar con ustedes de las bebidas, voy a contarles cómo llegué a ser abstemio, a lo cual debo la posición que actualmente ocupo.

Fui desde muy niño al mar, y a los dieciséis años ya me consideraba un marinero consumado. Era entonces grumete de un gran velero que se dirigía a las Indias. Nuestra tripulación se componía de 52 hombres. Nosotros, los grumetes, vivíamos, por así decirlo, aislados de los demás marineros, y teníamos nuestra mesa aparte. Así lo quería el comandante, que era un hombre muy justo y honrado, pero tocante al servicio, extremadamente riguroso.

A pesar de lo jóvenes que éramos, ya habíamos adquirido muchos malos hábitos. Lo que más fácilmente aprendimos fue a beber, para lo cual aprovechábamos todo permiso que podíamos obtener, y volvíamos muchas veces a bordo en condición deplorable. La única excepción en ese sentido era un grumete llamado Juan, a quien ninguno podía inducir a tomar una gota de bebida alcohólica. Gozaba también por eso de la entera confianza de nuestro comandante, que lo tenía casi siempre junto a sí. Cuando bajaba a tierra, acostumbraba llevarlo consigo, y a bordo le enseñaba muchas cosas útiles. Juan sabía sacar provecho de todas esas ventajas; pero para nosotros se había convertido en un objeto de odio y envidia. Acogíamos con desprecio las amonestaciones y súplicas que nos dirigía, deseoso de que abandonásemos nuestros caminos, y lo perseguíamos y maltratábamos siempre que se presentaba la ocasión. El soportaba todo con admirable paciencia, pero se fue apartando gradualmente de nosotros. Al fin tomamos la decisión diabólica de obligarlo a embriagarse, y para poder realizar ese plan con más seguridad, comenzamos a tratarlo con afabilidad, prestándole todas las atenciones. Nuestro barco regresó al Brasil, y se demoró ocho días en Río de Janeiro. Una mañana todos conseguimos permiso para bajar a tierra. Eso nos proporcionó mucho placer, porque considerábamos llegado el momento de demostrar a nuestro comandante que su favorito no era mejor que nosotros. Juan prometió acompañarnos ese día, y la ocasión no podía ser mejor; seguramente no se escaparía esta vez. Cansados y hambrientos nos sentamos a la mesa. Pero al servirse el vino, Juan no se sometió a nuestras instancias y hasta hizo ademán de levantarse. Entonces nuestro odio no conoció límites. Lo llamamos chismoso, lo acusamos de instigar al comandante en contra de nosotros con el fin de gozar todas las ventajas y favores a nuestra costa. Por un momento la sangre le subió a la cara, frente a nuestras injustas e indignas acusaciones. Dominándose, sin embargo, dijo con firmeza y serenidad:

"Compañeros, en vista de lo que pasa aquí no puedo callar más lo que deseaba mantener como un secreto. Mi historia es breve. Mi vida fue desventurada desde mi nacimiento. Mi padre, un hombre diligente y bueno, se convirtió en un esclavo del vicio de la embriaguez, a consecuencia de lo cual mi pobre madre y yo nos hallábamos muchas veces expuestos a los rigores del hambre y del frío. ¡Con cuánto fervor acostumbraba ella a orar por su desgraciado esposo!

"Al tener más edad, tuve que vagar cubierto de andrajos y caminar descalzo sobre la nieve. Cómo se me oprimía de dolor el corazón cuando veía a otros hartos y bien vestidos, disfrutando de la vida. Ciertamente sus padres debían ser hombres sobrios y buenos como lo había sido el mío, pensaba para mis adentros. Cuando yo tenía ocho años, una noche muy fría y tempestuosa de invierno esperamos en vano el regreso de mi padre. Al romper el alba se me envió a buscarlo a la taberna. Por el camino di con un cuerpo que yacía tendido al lado de la calle, cubierto de nieve. Me incliné sobre él y le limpié la cara: era mi padre, quien estaba muerto.

"A mi llamado de auxilio acudieron dos hombres de la taberna y me ayudaron a transportarlo a casa.

"Compañeros, no me es posible describir la aflicción de mi pobre madre. Llorando y sollozando se tendió sobre su esposo, como queriendo comunicarle con su ardiente amor y calor, la vida que se le había escapado. Todos los sufrimientos que él le había causado en vida parecían olvidados en ese momento. Los

hombres se retiraron y mi madre me hizo señas para que me arrodillara a su lado, delante del cadáver de mi padre.

"Hijo mío -me dijo entonces-, tú conoces la causa de nuestra desgracia. No había hombre más noble y honrado que tu padre, pero tú ves lo que pasó con él. Prométeme hoy en presencia de Dios y delante del cadáver de tu desventurado padre, sí, prométeme aquí, en este lugar, que nunca tocarán tus labios una gota del terrible veneno que nos sumió en la miseria.

"Compañeros, yo hice esa promesa a mi madre, y Dios es testigo de que nunca la violé. Después de la muerte de mi padre, mi madre y yo, gracias a la ayuda de algunos piadosos vecinos, pasamos aquel invierno algo mejor. En la primavera pude ganar algo para nuestro sustento; al final, obtuve este puesto en el barco, y ahora acostumbro a llevarle siempre algo de dinero cuando voy a visitarla, pero ni por todo el oro ni la plata del mundo violaría mi voto, y estoy seguro, amigos, de que desde ahora en adelante no tratarán más de persuadirme a beber".

Con estas palabras Juan se dirigió a la puerta. Pero uno de nosotros lo detuvo y dijo conmovido: "Espera, Juan, no te vayas. Yo también amo a mi madre y desearía verla feliz. No quiero ser un hijo malo; de hoy en adelante prometo no beber una gota más".

-Danos la mano, amigo -exclamamos todos, y formando un círculo alrededor de Juan prometimos todos seguir su ejemplo. En seguida mandamos traer papel y tinta y escribimos un voto por el cual nos comprometíamos a abstenernos para siempre de las bebidas alcohólicas, y todos lo firmamos.

Debo confesar que nunca en nuestra vida nos sentimos tan felices como en aquel momento. Por la tarde volvimos todos al barco. El comandante nos esperaba con el entrecejo fruncido. Conocía bien nuestra costumbre de entregarnos a los excesos cuando bebíamos, pero, ¡cuál no fue su sorpresa al vernos volver a bordo sanos y frescos!

-Muchachos -dijo-, ¿por qué están hoy tan bien?

-Muéstrale el voto -le dije a Juan al oído. El capitán lo recorrió con los ojos, y su rostro asumía una expresión de conmovida ternura.

-Denme este papel, amigos -dijo-; mientras observen lo que aquí está escrito, tendrán en mí un leal amigo. Y al estrecharnos la mano parecía muy feliz y satisfecho. A partir de ese día comenzamos otra vida. Juan ya no era para nosotros un objeto de odio y de envidia; continuando al frente de nosotros, nos enseñaba y nos ayudaba a avanzar rápidamente en nuestra carrera. Cuando dejamos a nuestro buen comandante, todos conseguimos buenos empleos. Hace tres años nos reunimos todos otra vez y, por la gracia de Dios, ninguno había violado su voto. Éramos todos comandantes de buenos barcos. Esta es mi historia -dijo el capitán Sutter a sus viejos amigos que lo habían escuchado con gran interés-, Y ahora estoy seguro de que no tomarán a mal que yo me abstenga de beber con ustedes. Tengo sobradas razones para proceder así.